MUNDO DE LIBROS



SANCHO SALDAÑA

JOSÉ DE ESPRONCEDA

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita - Mundo de Libros - tiendamundodelibros.com

Sancho Saldaña

José de Espronceda

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

01

Capítulo I

Capítulo ICapítulo IJosé de EsproncedaCapítulo I

Capítulo I

En resolución él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido le juzgaran persona de calidad y bien nacida.

Las barbas y los cabellos

. . . . . .

tiénelos fasta la cinta,

fasta la cinta y aun mase;

la cara mucho quemada

del mucho sol y del aire,

con el gesto demudado

muy fiero y espantable.

ANÓNIMO, Romance del conde Dirlos.

Serían las tres de la tarde un día del mes de agosto cuando un mozo de apariencia pobre y en traje muy derrotado, después de haber atravesado el arenoso pinar de Olmedo, se sentó a las frescas orillas del río Adaja al pie de un árbol que sombreaba la corriente y

convidaba a descansar. Parecía ser de edad de dieciocho años, y aunque el polvo del camino y el calor del sol le traían algo desfigurado, su mirada era alegre, su semblante noble y su cuerpo airoso, siendo este elogio tanto más justo cuanto menos su traje y adornos le ayudaban a merecerlo. Traía un coleto de ante tan acuchillado, roto y mugriento, que apenas se conocía de qué era; una sobrevesta que había sido de color verde, y de que aun quedaban algunos jirones raídos; un sombrero tejido de hojas de árboles, las piernas y pies descalzos y una lanza en la mano derecha, que tal parecía el palo de que venía armado, y que tenía por contera un regatón de hierro.

-Veamos -dijo al sentarse- si aun aquí dentro del agua me mortifican también estos malditos tábanos que me persiguen.

Y entró ambos pies en el agua hasta la rodilla con mucho cuidado de no mojarse el vestido, como si lo tuviera en mucha estima y no quisiera echarlo a perder. Luego que se refrescó del fuego de las arenas y repuso de las picaduras de los tábanos, sacó un pañizuelo blanco muy limpio de un zurrón que traía, pero tan desgarrado y abierto por tantas partes que por la más pequeña le cabía el puño. Tendiólo sobre la hierba a guisa de servilleta, y exclamó:

-¡Oh cara camisa mía, que por tanto tiempo fuiste mi más íntima amiga, y que tan aficionado me tenías que siempre te quise tener conmigo y te traje tan a raíz de mi carne por tanto tiempo! ¡A qué punto hemos llegado, amada camisa mía, que cuando creí que de tanto andar juntos y tan apegados te habrías convertido en mi propia carne, y que éramos los dos uno mismo, hallé que de tus anchos y espaciosos vuelos no quedaba ya otra cosa que este pedazo que

encontré a duras penas buscándote por mi cuerpo, y que ha venido a parar en mantel a cuenta de tus servicios! Omnia moriuntur, como decía el abad de Benedictinos que me crió. Consuélate, que por ti no se dirá al menos de tu amo que no come pan a manteles; consuélate, celosía de mis manjares, pues tal te puedo llamar, que eres más transparente que el cristal, más diáfana que el aire, y tienes más heridas que el guerrero más veterano y acreditado.

Mientras apostrofaba de esta manera al triste resto de su malograda camisa, iba sacando del alforja las consumidas y poco apetitosas viandas que llevaba para el camino, y se entretenía en colocarlas con el mejor orden, simetría y cuidado que le era posible. Consistía su repuesto en dos o tres mendrugos de pan algún tanto petrificados, un pedazo de queso ovejuno no muy tierno tampoco, dos o tres tomates crudos y una bota de vino blanco, aunque más llena de aire, al parecer, que de vino. Sacó tras esto un estoque, que no era menos larga la navaja que le servía, contempló un rato con muestras de mucho gusto la armonía y distribución de sus platos, y empezó su ocupación gastronómica con aire desenfadado y apetitoso.

-Algo rebelde te encuentro -dijo al dar una dentellada en uno de los mendrugos, y que él presumió que le costaba un diente-; no creí -prosiguió- que después de quince días que te llevo en mi compañía, y cuando más amañado y suave de trato debía encontrarte, te hallase cada vez más duro de corazón y menos sociable. Pero yo te castigaré, y haré ver hasta dónde raya mi valor y tu presunción.

Dicho esto clavó el diente a modo de perro de presa en el endurecido mendrugo, quedando indecisa la victoria por un momento, hasta que al fin el ruido de los demolidos coscurros, y el simultáneo

movimiento de las poderosas quijadas, la declararon por el mancebo, que no satisfecho con este importante triunfo, siguió con el mayor denuedo hasta sepultar en su vientre desde el primero hasta el último de sus enemigos. Concluida esta operación, y si no satisfecho su apetito, aliviada su necesidad, se echó al río de bruces y bebió agua: lió en seguida el mantel, tentó la bota, y viendo que estaba vacía dio un suspiro y, doblándola, la guardó en el zurrón con los demás utensilios de su comida. Tomó en seguida unas hojas de un libro manuscritas de buena letra en latín en que venía envuelto el queso, tendióse a la larga sobre la hierba, y empezó a deletrear a voces como es uso de mal lector.

Luego que hubo leído un rato exclamó:

-¿Y qué quiere decir todo esto? ¿Y es posible me haya costado tanto azote, y al fin y al cabo no haya podido el buen abad salirse con la suya de que yo aprendiera? Aunque a decir verdad, yo creo que él no sabía mucho más de lo que me ha enseñado. ¡Oh vida regalada del monasterio! ¡Cuántas veces te echo de menos! Sólo por aquello de dulces, exubiae dum fata Deusque sinebant, como repetía el buen abad cuando me regalaba el rostro con alguna palmada, y no de las más suaves, en prueba de su cariño; sólo por eso conservo estas pocas hojas, de que no he podido aún entender la primera llana, y por lo que me imagino, y no sin razón, que tampoco entenderé la última. Pero, en fin, basta de lectura, y durmamos un poco hasta que caiga la tarde y me pueda aprovechar del fresco para seguir mi camino.

Diciendo esto se cubrió el rostro con el sombrero, y de allí a poco empezó a roncar con tanta fuerza y estrépito, que su ronquido bastaría a despertar los siete durmientes y aun a hacer levantar los muertos el

día del Juicio final.

Era entonces la hora de la siesta, y el sol en toda su fuerza abrasaba los extendidos campos de Castilla, que si bien más poblados en aquellos tiempos, no por eso los hacía menos áridos la sequedad propia de la estación, y sobre todo desde Olmedo a Cuéllar, que era el camino que a lo que parecía llevaba nuestro galán. Un bosque de pinos cubre aún hoy día este camino arenoso, en que se hunde a veces la pierna hasta la rodilla, y donde el sol, quebrando sus rayos en cada grano de arena, reverbera del suelo con un esplendor tal que deslumbra, dobla calor y aumenta el cansancio y la fatiga del caminante. Sólo se oye el chirrido cansado de la chicharra y el zumbido monótono de los tábanos; y si algún soplo de viento viene acaso a mecer la copa de un pino, cuando el viajero abre los secos labios con ansia para recogerlo, respira el viento abrasado de los desiertos o un cierzo de fuego que le consume de sed y le quema en vez de regalarle con su frescura.

Tres ríos, si tal nombre merecen tres arroyos algo crecidos, dividen este camino a corta distancia unos de otros, que los naturales distinguen con los nombres de Adaja, Pirón y Cega, siendo este último la línea o frontera que separa las tierras del castillo de Iscar de las de Cuéllar. El Adaja, vadeable aun en invierno, y última linde de Olmedo a Iscar, moja humildemente esta tierra, que se lo sorbe; pero en sus sombrías orillas, cubiertas de frondosos árboles, se respira ya aire más fresco, y ofrece una isla de verdura en medio de aquel desierto.

En sus riberas, pues, como hemos dicho, descansaba nuestro desembarazado mozo de la penosa marcha que había traído, y no

haría aún media hora que dormía a pierna suelta cuando sintió una cosa fría que, levantando el sombrero que le tapaba la cara, se refregaba contra él, al mismo tiempo que un peso en el pecho, que se removía. Abrió los ojos, y vio que era un perro mastín de gran tamaño y adornado de sus carlancas, que, después de haber satisfecho su sed en el río, se había llegado a olerle, y le afirmaba las manos en el pecho mientras le humedecía el rostro con el hocico.

-Voto al perro, y mal año para tu amo -gritó con enfado de verse despertar tan fuera de sazón-. ¡Quítate! -y lo empujó al mismo tiempo con fuerza echando mano al desmesurado bastón que hemos tratado de describir.

El perro se retiró atrás dos o tres pasos gruñendo como preparándose para embestirle, y el mozo, ya puesto en pie, enarboló el palo en alto y aguardó a su enemigo con resolución. En esta actitud estaban frente a frente careados, cuando la voz de un hombre y un silbido llamó la atención del mastín, haciéndole mudar de intento, y de allí a poco volvió tranquilamente hacia su señor, que saliendo de entre los árboles descubrió una facha tan rústica y salvaje, que no dejó de sorprender a nuestro campeón.

Era de poca estatura, cuadrado, ancho de espaldas y muy fornido de miembros: sus brazos, que llevaba desnudos, estaban cubiertos de un vello tan espeso, largo y cerdoso, que parecía crines; las piernas arqueadas, sus maneras bruscas, su pelo y barba negros, siendo ésta tan poblada, crecida y rizada que le cubría todo el rostro, sin dejar ver en él más que dos ojos grandes y verdes que parecía que lanzaban rayos, y acaso de tiempo en tiempo dos hileras de dientes blancos como el marfil y tan juntos que parecían uno solo. No obstante

aunque su traza imponía, y aun podría decirse asustaba, no se sentía al verle aquel horror que inspira la vista de un animal feroz, y en la viveza y valentía de sus ojos se notaban quizá más señales de nobleza que de crueldad. Traía vestido un sayo baquero y abarcas por zapatos; llevaba en la mano izquierda un arco y algunas flechas suspendidas de un cinto de cuero, que le aseguraba asimismo un hacha de armas de dimensión disforme y extraordinario peso, y pendiente de una cuerda que le rodeaba los hombros colgaba a su espalda una bocina o cuerno de cazador.

Todo esto vio y observó el roto mancebo, dudando si se pondría en defensa, o huiría, o le aguardaría con tranquilidad. El primer pensamiento le pareció perjudicial y disparatado, considerando la desigualdad de sus armas; el segundo casi le pareció mejor, pero viendo que el recién venido no hacía movimiento ninguno ofensivo, y que muy lejos de eso le había evitado la riña con el mastín, se determinó a esperarle a pie firme.

El perro entre tanto llegó coleando a su amo, que alargándole la mano y pasándosela por el lomo, le dijo:

-Sagaz, ¿quién diablos te manda meterte con un hombre dormido? No te tengo yo enseñado a tan poca cosa. Serénate, muchacho -añadió, acercándose al derrotado y descubriendo con una sonrisa irónica el marfil de su dentadura-, que no parece sino que ibas a venir a las manos con un león, según lo alborotado que te pusiste.

-No me alboroto yo por tan poco, y aunque el gozquejo es de buen tamaño, no sé cómo le hubiera ido si le hubiese arrimado yo la punta de mi bastón.

-Quizá mejor que a ti -repuso el de la barba negra-, porque no hubiera

encontrado en qué morder sino en la carne, según lo ligera y escasamente que vas vestido.

-Es el mejor traje de verano que tengo -replicó el mancebo con desenfado.

-Y el que más generalmente te pones todos los días, a falta de otro mejor -repuso el otro con sorna.

-Me he dejado el equipaje ahí cerca por caminar más a gusto -respondió sin cortarse el derrotado mozo.

-Pareces arriscadillo y resuelto -contestó el recién venido en el mismo tono.

-Quizá más de lo que tú crees -le contestó el mancebo.

-¿Y hacia dónde se camina tan a la ligera, señor galán? -preguntó el de la barba negra.

-Pregunta es esa -repuso el mozo- sobre que es necesario pensar mucho antes de responder, y todo lo que yo puedo decirte es que el fin de mi camino será donde yo me pare, y que el lugar donde me quede será donde me vaya bien y encuentre en qué ejercitar mis talentos.

-Según eso, no llevas otro camino que el que te dé tu buena o mala ventura, y si aquí mismo se te ofreciese un acomodo tal como tú deseas, aquí mismo te quedarías.

-Ciertamente -repuso el mozo-, aunque a decir verdad no sé qué comodidad puede hallar un hombre como yo en medio de este desierto.

-Puede hallar -replicó el Velludo- una colocación libre y honrosa que

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com